

LESO

8 de agosto.

Hacia días que observaba en la montaña una aldea de aspecto extraño y severo. Esa aldea me parece que se llama Leso. Está situada á la extremidad del brazo de mar de Pasajes, en un lugar que la marea baja deja en seco al retirarse. Ayer, al declinar el sol, tomé á media montaña un camino de bueyes que conduce á ella.

Ese camino es con frecuencia sumamente áspero, pavimentado á trechos por losas de gres y losas de mármol, y cortada aquí y allá por ciertas abruptas escaleras que forman las losas al derrumbarse. Por lo demás, corre por el declive de dos montañas, que los brezos, violetas y las amarillas retamas cubren en este momento de una inmensa sábana de flores.

He dejado á mi derecha una gran alquería construída de piedra con puerta ojival; luego á mi izquierda una garganta muy agreste, donde un torrente se abre camino de la manera más furiosa y más extraña á través de unas ruinas que han sido una casa. He

pasado ese torrente por un puentecito de un arco, y he subido la pendiente de la opuesta montaña.

Algunas mujeres cantan; algunos niños se bañan en unas charcas de agua; algunos obreros franceses venidos de Bayona, que construyen actualmente un edificio en la bahía, pasaban por un barranco, llevando entre siete un largo madero. Yo oía la esquila de los bueyes y el estremecimiento de los árboles; el paisaje era magníficamente risueño; el viento daba vida á todo, el sol lo doraba todo.

Luego he encontrado una ruina á la derecha, una ruina á la izquierda, otra aún, luego un grupo de tres ó cuatro, detrás un grupo de manzanos, y me he encontrado bruscamente á pocos pasos del pueblo.

Aquí me sirvo equivocadamente de la palabra ruina; no debería emplear nunca otra palabra que casucha. Estas «ruinas» se componen ordinariamente de cuatro paredes sin techo y agujereadas por algunas ventanas, la mayor parte tapadas con un tabique de ladrillos y convertidas en aspilleras, con las huellas del incendio en todas partes, y en el interior una vaca y dos cabras, que comen tranquilamente la hierba del pavimento y la hiedra del muro. Esas casuchas son obra de la última guerra.

Al entrar en la aldea, una mendiga solemne, por lo menos centenaria, se ha levantado en la esquina de una pared, y me ha pedido limosna con un gesto de protección formidable. He dado un sueldo á aquel siglo.

He entrado en una calle lúgubre, formada por grandes casas negras, todas de piedra, algunas con balcones de hierro macizo de labor antigua, algunas otras con enormes blasones esculpidos en alto relieve en medio de la fachada.

Algunas caras pálidas, que parecía acababan de despertarse con sobresalto, aparecían en los umbrales

á mi paso. Casi todas las ventanas tenían, en lugar de cortinas, anchas telarañas. Por entre aquellas ventanas largas y estrechas, yo miraba las casas, y veía interiores de sepulcros.

En un instante hubo una cabeza en cada ventana, pero una cabeza aun más vieja que la ventana. Todas aquellas cabezas sombrías, cadavéricas, como deslumbradas por una luz demasiado viva, se agitaban, se asomaban, cuchicheaban. Mi llegada había puesto aquel hormigueo de espectros en rumor. Me parecía estar en un pueblo de fantasmas y de apariciones, y todas aquellas sombras miraban con cólera y terror á un viviente.

La calle en donde entré era tortuosa y cortada, por decirlo así, en dos pisos. El lado derecho se adosaba á la montaña, y el izquierdo se hundía en el valle.

Había muchas casas del siglo xv, con dos grandes puertas; en la clave de la primera puerta había esculpido, del modo más delicado y elegante, el número de la casa combinado con algún signo religioso, una cruz, una paloma, un lirio; en la clave de la segunda puerta estaban cincelados los atributos del oficio del habitante, una rueda de carro, un hacha de leñador. En esa aldea, todo tenía una sombría y singular grandeza. Había una muestra en bajo relieve.

Era una miseria profunda, pero no una miseria vulgar. Era una miseria en casas de piedra de sillaría; una miseria que tenía balcones de hierro labrado, como el Louvre, y escudos de armas en lápidas de mármol, como el Escorial. Una población de hidalgos andrajosos en cabañas de granito.

No veía un solo semblante joven, excepto algunos niños andrajosos que me seguían de lejos, y que, así que me volvía, retrocedían sin huir, como lobeznos asustados.

De dos en dos casas había una ruina, la mayor

parte del tiempo cubierta de hiedra y obstruída por malezas, algunas veces antigua, con más frecuencia reciente.

Encaramándome por los lienzos de pared, he llegado hasta una casa que parecía deshabitada. Toda la fachada de la parte que había sido calle tenía ese aire triste de un edificio sin dueños; puertas cuidadosamente cerradas, postigos verdes en las ventanas de talla del tiempo de Luis XIII cerradas por todas partes. He escalado un reducido cercado para dar la vuelta á la casa, y al otro lado la he encontrado horriblemente abierta, abierta de arriba abajo por el desprendimiento entero de una fachada, cuya pared yacía en tierra de una sola pieza en un campo de maíz aplastado. Anduve por esa pared como por un pavimento y entré en la casa.

¡Qué desolación! De una sola ojeada veía los cuatro pisos despanzurrados. La escalera ha sido incendiada; la caja de la escalera no es más que un ancho agujero en donde afluyen todos los aposentos. Los muros, enrojecidos y destrozados, muestran en toda su extensión las huellas de las llamas.

Como faltaba la escalera, sólo he podido recorrer el piso bajo.

Esta casa era muy grande y muy alta; sosteníanla apenas algunos pilares y algunas vigas adelgazadas por el fuego. Yo la veía suspendida y vacilante sobre mi cabeza; de vez en cuando una piedra, un ladrillo, un trozo de cascajo se desgajaba y caía á mis pies, lo que producía un ruido de vida siniestra en aquella casa muerta. En el tercer piso, un estante medio consumido por el fuego ha quedado suspendido de un clavo; el viento lo agita y lo hace rechinar tristemente. Veía otra vez en los cuartos los postigos sólidamente cerrados con cerrojos. Una de las habitaciones está pintada de rosa. En la cocina, en un lugar actual-

mente inaccesible, he notado, en la blanca campana de la alta chimenea, un pequeño navío dibujado al carbón por la mano de un niño.

De una ruina secular se sale con el alma engrandecida y ensanchada. De una ruina de ayer se sale con el corazón oprimido. En la ruina antigua, yo me figuro el fantasma; en la ruina reciente me represento al propietario. El fantasma es menos triste.

Una iglesia alta, enorme, granítica, lúgubre, domina este pueblo huraño.

De lejos no es una iglesia, es un bloque. Al aproximarse se distingue algunos agujeros en la pared, y en el ábside tres ó cuatro ojivas del siglo xv. Como les habrá parecido, sin duda, que esto daba demasiada luz á aquella caja de piedra, han tabicado las ojivas, dejando apenas en el centro de cada una un estrecho ojo de buey. La pared es rojiza, áspera, roída por el líquen.

La fachada es una gran pared cortada en cuadro, sin ventana, sin tragaluz, no ofreciendo á la vista más abertura que el portal, que es bajo y triste, con dos columnas lisas y un desnudo frontón. Dos largas hileras de negros sillares arrancados afean de arriba abajo la fachada. Pégasele por la derecha una larga y estrecha torre, que excede apenas la altura del edificio.

Siete ú ocho horribles viejas estaban acurrucadas solitariamente de trecho en trecho al rededor de la iglesia. Yo no sé si esa colocación era efecto de la casualidad; pero cada una de aquellas viejas parecía acoplarse con una gárgola que tendía el cuello por encima de su cabeza al borde del tejado. A intervalos las viejas levantaban los ojos al cielo y parecían cambiar tiernas miradas con las gárgolas.

Una de aquellas adustas mendigas clavaba en mí una mirada más fija y más fiera que las demás. Me

dirigí directamente á ella, lo que pareció desconcertarla; luego le designé la iglesia y le dije: *Guilzta*. Lo que significa en vascuence: la llave. La gárgola viviente, amansada por esta mágica palabra y por media peseta que le eché en el delantal, se puso de pie y me dijo: *Bay*, esto es: Sí. Y desapareció detrás de la iglesia.

Me quedé delante del pórtico. Las otras viejas se habían levantado todas, agrupándose en un ángulo, desde donde me miraban.

Algunos momentos después, la que se había alejado reapareció trayendo una llave. Abrió la puerta de la iglesia y entré.

¿Fue efecto de la hora, de la noche que se aproximaba? ¿O la disposición de mi espíritu ó la misma emanación del edificio? No sé; pero jamás he sentido una impresión tan glacial como al penetrar en aquella iglesia.

Era una nave alta, desnuda por dentro, como lo estaba por fuera, sombría, fría, miserable y grande, alumbrada apenas por los pálidos y terrosos reflejos de una luz crepuscular.

En el fondo, detrás del tabernáculo, sobre un estrado de piedra, se desenvolvía desde el pavimento á la bóveda un inmenso retablo, cargado de estatuas y de bajo relieves, antes dorado, actualmente enmohecido, sustentando en una superficie de sesenta pies de altura los formidables santos de la inquisición confundidos con la trágica y siniestra arquitectura de Felipe II. Ese altar, entrevisto entre aquella penumbra, tenía un no sé qué de implacable y terrible.

La vieja había encendido un cabo de vela, que chisporroteaba en una gran lámpara de hojalata estampada, de buen gusto, suspendida ante el altar. El cabo de vela no disminuía la obscuridad y añadía algo al horror.

El sacerdote sube á ese altar por una larga escalera encerrada en una barandilla de piedra maciza admirablemente labrada en el estilo sombrío y elegante de Carlos V, que corresponde á lo que llamamos en Francia el estilo de Francisco I, y en lo que en Inglaterra denominan la arquitectura Tudor.

Subí por dicha escalera, y desde allí contemplé la iglesia, que es verdaderamente majestuosa y fúnebre.

La vieja se había metido en no sé qué rincón obscuro y tenebroso.

La puerta había quedado entreabierta, y yo veía la campiña á lo lejos cubierta ya de sombra, el cielo obscurecido y el brazo de mar, vasta playa seca en aquel momento; en primer término, una ruina que era una cabaña; en segundo término, otra ruina que era una casa de alcalde; en el fondo otra ruina que era un convento. ¿La cabaña arruinada, la casa arruinada, el convento arruinado, aquel cielo cuya luz va desvaneciéndose, aquella playa de donde el mar se retira, no era un símbolo completo? Me parecía que, del fondo de aquella misteriosa iglesia, veía, no una campiña cualquiera, sino la figura de la España.

En aquel momento un ruido singular llegó hasta mí. Escuché, no queriendo dar crédito á mis oídos, y seguí escuchando. Cosa sorprendente y que anuncia cuán profunda revolución se está elaborando en este país; el tropel de niños que me había seguido de lejos había visto la iglesia abierta; se había instalado bajo el pórtico, y allí cantaba á toda voz, en son de burla y á grandes carcajadas, la misa y las vísperas, parodiando al sacerdote en el altar y á los sochantres en el coro.

¿Hé de decíroslo, amigo mío? En aquel momento sentí en el alma una infinita compasión por aquellos pobres niños, quienes van á carecer de religión antes que se les haya civilizado.

Y después mi piedad pasó de los niños á aquella pobre y vieja nave del Santo Oficio, obligada á sufrir en silencio aquella afrenta. ¡Qué castigo! ¡Qué reacción! ¡Unos muchachos que se burlan de lo que por tanto tiempo ha hecho temblar á los hombres! ¡Oh! Si las piedras tienen entrañas, si el alma de las instituciones se comunica á los edificios que construyen, ¡qué triste é inexplicable cólera debía en aquel momento remover hasta sus cimientos aquellos austeros y formidables muros! ¡Y pensar que esto ocurría junto á la cuna de san Ignacio, á dos leguas del valle de Loyola! A medida que los niños cantaban, la nave iba poniéndose más sombría, y la obscuridad que reinaba en la iglesia parecía la imagen de la noche que iba haciéndose en su fe.

¡Triste iglesia de Santo Domingo, que habías creído vencer á Satanás y has sido vencida por Voltaire!

¡Todo, pues, es ruina en España! La casa, morada del hombre, arruinada en los campos; la religión, morada del alma, arruinada en los corazones.

Anochece cuando salí de la iglesia. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas en el pueblo. Ni una luz, ni un habitante. Hubiérase dicho que se habían cerrado aquellos sepulcros y que se habían dormido aquellos espectros.

Sin embargo, en una plaza distinguí una claridad, y me dirigí hacia ella. Había un postigo entreabierto en un piso bajo, y vi en una habitación á una vieja acurrucada, inmóvil, adosada á una pared recién blanqueada. Por encima de su cabeza ardía un candil colgado de un clavo, la antigua lámpara española que tiene forma de lámpara sepulcral. Me pareció ver á lady Macbeth.

La reverberación de aquel candil me permitió leer en la puerta de la casa de enfrente esta inscripción:

POSADA
LHABIT

Todo lo esperaba menos encontrar allí un albergue.

La luna se levantaba detrás de los montes Jaitz-quivel cuando yo salía del pueblo. Fuéme fácil encontrar el camino. No obstante, en la disposición de ánimo en que me dejó mi visita á aquel lugar extraño, reconocía con dificultad aquella campiña que me había encantado pocas horas antes. Aquel paisaje, tan alegre al sol, se había puesto lúgubre con la luna. La soledad de la noche llenaba el horizonte.

Iba acercándome á Pasajes. Empezaban á verse por el camino algunos transeuntes.

Yo tenía la mirada fija en la ruina de un castillo que se dibujaba á lo lejos á la luz de la luna en la cresta de una altísima montaña, en el fondo de un estrecho, agreste y desierto valle.

Lo que me preocupaba era una luz que acababa de aparecer en aquella ruina, en lo más alto del peñón. Aquella luz tenía un no sé qué de inexplicable y de singular. En primer lugar, por el sitio en donde brillaba, y después por la manera especial de brillar. Parecíase á un faro, pues ora se encendía, ora se apagaba, luego volvía á encenderse, lanzando de pronto el resplandor de una estrella de gran magnitud. ¿Qué era aquel fuego, y qué significaba?

Cuando llegué á la garganta donde está el puente, una pobre que se encuentra habitualmente á la entrada de la cordelería y á la que doy limosna casi todas las mañanas, cruzaba la calzada para subir á su cabaña, á mitad del monte. Al verme, se persignó y mostróme la luz, diciendo:—*Los demonios*. Y siguió su camino.

Algo más lejos, á la entrada del rápido empedrado que baja hasta Pasajes, un hombre, un pescador, estaba de pie sobre un peñasco de mármol rojo, y, como la vieja, contemplaba la luz.—*¿Qué es eso?*, le dije, acercándome. El hombre no dejó de vista la luz, y me respondió:—*Contrabandistas*.

Cuando subía la escalera de mi casa, mi huésped, la excelente señora Basquetz, vino á mi encuentro:

—¡Ah! ¡Señor, qué tarde llega usted! ¿No ha cenado? ¿De dónde viene entonces?

—De Leso.

—¡Ah! ¿Ha estado en Leso?

—Sí, señora.

Y repitió un momento después, con pensativo ademán:

—¿De Leso?

—Le digo que sí, contesté. Y usted, ¿no ha estado nunca?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque aquí, en el país, no se va nunca á Leso.

—¿Y por qué no se va?

—No lo sé.